

LO QUE CADA CUAL TRAIGA

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: *Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset*, prólogo de Helio Carpintero. Madrid: Fórcola, 2012, 203 p.

FELIPE GONZÁLEZ ALCÁZAR
ORCID: 0000-0003-0992-6275

Hay libros que merecen una segunda oportunidad. Es el caso de estas conferencias ampliadas, anotadas y acompañadas de rigurosas referencias bibliográficas, que Eduardo Martínez de Pisón, maestro de la geografía española —como nos señala Helio Carpintero en su prólogo—, publicó en la Obra Social de Caja Madrid en 1998 con el mismo título. La escasa difusión del primer libro, al tratarse de una edición restringida, ha permitido revitalizar aquellos acercamientos al problema del paisaje en Ortega (1995) y en la Generación del 98 (1997), a través del reciente auge de la cuestión geográfica en libros de viajes —factuales o imaginados—, guías, descripciones, itinerarios, relatos de expediciones, montañismo o ecología, del que se ha hecho eco en su colección Periplos la joven editorial Fórcola.

Nunca es fácil, tratándose del medio académico, y técnico en este caso, conjugar esos aspectos profesionales con el desafío que nos propone constantemente la Literatura, haciendo suyos y propios todos los temas e intereses posibles. Volcarse en la historia, en la política, en la psicología, o como ahora en la geografía, a través de los testimonios literarios implica una constante prevención contra

lo que parece una invasión voraz del mundo imaginativo: y es la inmensa capacidad que lo literario posee para envolverse de cualquier tipo de discurso. Martínez de Pisón, por su parte, inscribe su propósito en una tradición a la que también alude Helio Carpintero, aquella que trasmuta metonímicamente el paisaje con el ser y la naturaleza de quienes lo habitan. La tradición de esta relación metafórica, desde la interiorización de las imágenes a la producción de pensamiento o juicio crítico, es muy antigua. Y más aún la idea de perspectiva o de reflexión: los efectos del espacio (y no hacia falta recurrir a la Poética del Imaginario), la focalización y mirada en la técnica narratológica, el retrato y la descripción, el efecto de distancia o cercanía (recordemos que el viejo tópico *ut pictura poesis* se basa en esto), o la sublimidad espacial. No sería ocioso recordar que la “imagen del paisaje” que nos refiere el título no es otra que la “imagen de España”, tema nuclear entre las constantes de la Generación del 98 y en Ortega. Entre el lirismo introspectivo y la antiquísima *laudes Hispaniae*, el cambio del siglo XIX al XX llevó a muchos escritores y pensadores españoles a repensar su relación con la naturaleza que les rodeaba, en virtud del necesario protagonismo del paisaje como resultado de un determinismo de corte francés: el ser de España está predeterminado por la geografía de España. A partir de ahí, las oscilaciones entre lo que simplemente es, la imposición de una naturaleza inmovible, y la necesaria transformación, la industriosa utilidad dieciochesca y po-

Cómo citar este artículo:

González Alcázar, F. (2014). Lo que cada cual traiga. Reseña de “Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset” de Eduardo Martínez de Pisón. *Revista de Estudios Orteguianos*, (28), 173-176.
<https://doi.org/10.63487/reo.391>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 28. 2014
mayo-octubre

sitivista, impone las reglas de un debate que toma raíces también en la ciencia geográfica y en su propia evolución.

Al dar prioridad en estas páginas a los temas orteguianos, disculpándome por ello ante el autor y a despecho de no comentar detenidamente unos clarificadores textos sobre cuestiones técnicas y marco de estudio, y las visiones del paisaje en Unamuno, Machado, Baroja, Azorín, o ciertos pintores coetáneos, voy a referirme a dos cuestiones que considero preferentes en este momento y para esta publicación: uno es un asunto previamente dado, el problema del concepto de generación, y otro es, naturalmente, la presencia del paisaje en la obra de Ortega.

No hace tanto, en otra reseña sobre un libro acerca de Ortega y la generación de 1914, ahora de evidente actualidad, expuse algunas reticencias al concepto de generación, reticencias compartidas en el ámbito de la sociología, donde nació esta idea, de la historia y, cómo no, de la literatura donde se prefieren hoy día términos como promoción, grupo, o incluso equipos, término usado por Escarpit. El hecho de que ideas y formas sobre el problema del paisaje en Ortega sean tan cercanas a las del 98, hasta confundirse, debería hacernos reflexionar sobre el problema de la periodización y la necesidad, a veces únicamente didáctica, de dar coherencia y orden a una comunidad compleja de testimonios. Un cierto escepticismo nos invade a muchos ante las cronologías cerradas, ante el asombroso –por improbable– paralelismo entre el fluir de la vida individual y las producciones culturales, o incluso ante

cierto lastre de puerilidad en la sucesión de las edades del hombre (dividas en 3 vidas, en 4 como Horacio, cambiando cada 7 años o cada 15, y no más, con plenitud a los 7 y medio de cada período, o un año antes de los 50 al decir de Aristóteles) como vidas autónomas entre sí, cristalizado en un grupo de personas cerrado y limitado. La visión sociológica de Ortega fue malinterpretada desde el principio, como él mismo indicó acerca del libro de Pinder: no se trata, en principio, de sucesión de genealogías o series biológicas, sino de un sistema de vigencias, de un contexto vital. Tomando la madurez de Descartes, de 15 en 15 años, la Generación del 98, por ejemplo, sería irreconocible. No es, sin embargo, el momento de discutir acerca del determinismo biológico en este modelo, ni tampoco del necesario acarreo de la tópica del Romanticismo en las ideas de Ortega acerca de la cultura, sin las cuales, no hubiera podido levantarse esta construcción domesticada de genios creadores, expresividad –y aun testimonialismo–, imaginación creativa y positivismo biologicista, que se nos ofrece homogénea y clausurada desde cada inicio a cada cenit, y de la que nuestro filósofo no fue responsable en absoluto pese a la constante apelación a su magisterio.

Muy otro es el asunto crucial del paisaje en Ortega. Martínez de Pisón acierta con contundencia al afirmar que forma parte de la conjunción de intereses intelectuales orteguianos, tanto por el contacto directo con la ciencia geográfica de su momento –la convivencia con Juan Dantín o la atención a los avances científicos en este campo, en

ebullición desde principios del siglo XX— cuanto por el interés estético, literario y también político que las tierras de España habían protagonizado desde las ideas regeneracionistas. Se partía, además, de una nueva sensibilidad ante el paisaje, herencia del Romanticismo y, después, del determinismo inevitable de las ciencias positivas, para las que algunos geógrafos como Reclus o Vidal de la Blache habían teorizado acerca la conexión permanente entre los paisajes y sus habitantes. Para el paisaje nacional español las ideas de la Institución Libre de Enseñanza, el krausismo, el positivismo y el tradicionalismo castellanista, confluían con las teorías geográficas de su época: la Cordillera Central es la columna vertebral española en la que se encajan las tierras costeras. Esta especie de ante-África, con características extremas (temperatura, altitud, pluviometría...), árida, escarpada, se convierte en una metáfora y en un símbolo de la construcción concéntrica de la nación española. La fijación por los caracteres nacionales, otro determinismo inagotable pese a las insospechadas consecuencias, y que podemos rastrear con asombro incluso en la antropología kantiana, contribuyeron a que esta visión de una España feraz y polvorienta anulara a las demás, como si el Levante, Galicia, las zonas bajas andaluzas o las costas balearicas fueran adherencias ajenas a un cuerpo sólido y perenne. El esenciero de españolía en que se simbolizó España como Castilla fue un recurrente obligado, según se nos cuenta, de la Generación del 98, por más que Unamuno, Azorín o Valle-Inclán (de otra manera), y escaso en Baroja, den testimonio de

una obsesión mitologicista, más allá de un verdadero y, por ello, productivo, tóxico. La contribución máxima a esta centralización fue responsabilidad de Francisco Giner de los Ríos (Ortega Cantero lo explica en numerosos lugares citados por Martínez de Pisón en su libro), caminante incansable por la espina dorsal de la Península, la Sierra del Guadarrama, y por Castilla la Vieja, resaltando la dura oposición entre la belleza femenina de las tierras costeras, en especial Galicia, y el interior, de impronta masculina y bélica, de pueblos polvorientos y empobrecidos, cerrados en sí mismos. El paralelismo con una interpretación de la historia, el ser de los españoles y los problemas políticos y económicos acuciantes dio cuerpo al “problema español” cristalizado en la decadencia, el declive, el orgullo por empresas borradas en el tiempo, el medievalismo ucrónico, la austeridad moral, el orgullo castellano o la simplificación de los colores terrosos y amarillentos en la descripción de los paisajes. Todo ello lo hereda directamente Ortega, lo manifiesta desde sus primeros artículos y lo plasmará una y otra vez a lo largo de su vida intelectual en libros de viajes, impresiones, caracterizaciones, cuadros de costumbres o composiciones cercanas al memorialismo. Estudios como el de Martínez de Pisón han contribuido a centrar aún más esta cuestión en motivos técnicos, como son las relaciones de Ortega con Dantín y la geografía de su época, y su oposición al determinismo del medio geográfico en la vida de una nación por influencia de Taine en Ratzel, que traían como consecuencia las corrientes académicas que condena-

ban a nuestro país al ostracismo económico y social y al dislocamiento entre la Iberia seca (casi toda) y el macizo central frente a las vertientes mediterráneas y pirenaica, favoreciendo así el auge de los nacionalismos periféricos, que promocionaban otras predeterminaciones. Y satisfacía cierta individuación de lo hispano frente a otras naciones europeas, también clave de compleja hibridación entre el 98 y el 14, que la juvenil estancia de Ortega en Alemania y sus viajes posteriores acrecentaron.

La crítica (Arce, 1956; Mermall, 1983; Ariza, 1985.; Navarro de San Pío, 2011, entre otros) cayó muy pronto en la cuenta de la importancia y la inmensa riqueza expresiva y los hallazgos estilísticos que implican la presencia de elementos paisajísticos en la obra orteguiana, así como la influencia que ha tenido en su pensamiento el problema de la representación y la perspectiva. Baste recordar el siempre aludido pasaje sobre nuestra percepción de la realidad del bosque escurialense de La Herrería, para cuya completa exégesis resulta necesario concluir que el giro fenomenológico en Ortega implicaba un cierto predominio de la condición espacial, de una manera *circunstancial* de acercarnos a lo que nos rodea. En Ortega, el paisaje, como encuadre, como pórtico, implica una teorización para explicar un modo concreto de comprensión de nuestro ámbito espacial. En la experiencia meditativa sobre el paisaje, en su dimensión filosófica, y no únicamente descriptiva o lírica, caso

de su primer artículo o del comentario a *Campos de Castilla*, la perspectiva y la introspección se aúnan para renovar un proceso de pensamiento acerca de su verdadero y crucial significado. Escribe sobre su viaje a la Pampa argentina: “En mis estudios de paisaje he intentado algo nuevo sin lograrlo tal vez. No me he contentado con describirlo, sino que me he propuesto hacer un análisis de su estructura [...], su anatomía y su fisiología. Porque los paisajes son organismos. No sólo hay en ellos cosas, sino que estas cosas son sus órganos y ejercen funciones intransferibles” (II, 728). Pero el paisaje, como ciencia y modo crítico, es el resultado de una interacción mutua puesto que, frente a la abstracción del resto del universo, es lo único que existe realmente para cada individuo, “es su realidad, es su vida misma” (VII, 409). Un paisaje nacional es imposible de asimilar en desconexión con las gentes que lo pueblan, formando un todo orgánico, de raíz histórica, económica o imaginaria, aunque a veces se tratara de verdaderas mistificaciones. En suma, para Ortega, la patria verdadera no es otra que el paisaje. Por ello hace suya esta afirmación de una anécdota de Concepción Arenal que el mismo Giner de los Ríos le refirió a él en una ocasión: al llegar un viajero a una posada castellana y preguntar por la comida, la posadera contestó “«Señor, lo que usted traiga». Pues esto es el paisaje, lo que cada cual traiga” (II, 408).